

TESTIMONIO DE PRIMAVERA ECLESIAL

Leonor Esguerra Rojas

(Bogotá, 1930-)



Leonor nació en Bogotá el 4 de diciembre de 1930, hija mayor de Sarita Rojas y Jorge Esguerra. Hermanas Milena, Consuelo, Constanza y hermanos Manuel y Jorge. Su mamá era de una familia terrateniente. Su abuelo Esguerra había sido ministro y embajador; él fue el que firmó el tratado Esguerra-Bárceñas, con el que el litigio con Nicaragua por la posesión de San Andrés y Providencia quedó resuelto a favor de Colombia.

Leonor empezó el colegio donde las señoritas Escobar, que le enseñaron a hacer palotes, a pintar y a leer. De chica siempre fue amiga de las muchachas que trabajaban para su familia. Una de sus aspiraciones era poder lavar el piso con Andrea, una muchacha que iba los sábados a trabajar a su casa. Otra de sus mayores felicidades era comer como las muchachas, en la cocina, en plato hondo y con cuchara de palo.

Después de haber estudiado en la escuela de las señoritas Escobar, la pasaron a ella y a su hermana Milena, al colegio El Carmelo, con las Hermanas Carmelitas. Fue corta la estadía allí. Junto con sus hermanas pasó al colegio de La Enseñanza, un internado de estilo conventual, con una disciplina estricta. Allí Leonor aprendió a odiar a las monjas. Luego pasaron al colegio Alvernia, de monjas suizas, donde estuvieron dos años. De allí al Gimnasio Femenino, que no era de monjas sino de profesoras seculares. Después de haber vivido la disciplina de los tres colegios de monjas, las niñas Esguerra-Rojas sintieron que en el Gimnasio se les abrían las puertas del cielo, las profesoras eran amigas de las estudiantes y a las niñas las llamaban por su nombre.

No terminó su bachillerato allí porque apareció en Bogotá un colegio considerado “lo mejor de lo mejor”, el más caro de todos, en donde no entraba “cualquiera”, y enseñaba en inglés. No obstante, era un colegio alegre, amplio, liberal. Ya los nazis habían sido derrotados en Europa, la guerra mundial había acabado y las ideas se renovaban. Lo moderno, lo bonito,

lo mejor era los Estados Unidos y este colegio nuevo que se abrió en Bogotá en 1948 era de monjas norteamericanas ¡el Marymount! Leonor y sus tres hermanas entraron como alumnas internas al Marymount. Allí se reencontró con su amiga de infancia Margot Gómez. Estas monjas eran totalmente distintas a las que había conocido Leonor. Jugaban y reían con las chicas y dejaban que los novios las visitaran.

En el Marymount había una monja llamada Marie du Saint Esprit a quien las niñas querían mucho. Era una gringa muy especial que les hablaba de la vocación religiosa, de la grandeza de dedicarse al servicio de los demás. Margot y Leonor lo pensaron bien. Esa vida religiosa valdría más la pena, tendría más trascendencia que la idea de ser elegantes amas de casa que asistirían a los juegos de canasta, al bingo y a la misa los domingos.

Leonor tenía 17 años cuando decidió meterse de monja junto con su amiga Margot. Viajaron a Estados Unidos donde harían el noviciado a prepararse como maestras y servir a Dios y a sus semejantes. El 25 de junio de 1948 llegaron a Nueva York. En ese año Leonor aprendió a vivir como monja en el convento donde la pasó encerrada sin conocer la ciudad. Terminado el noviciado Leonor estuvo lista para profesar y para ser maestra: sabía inglés, y había hecho estudios de religión, literatura, historia y geografía de Estados Unidos.

El 11 de febrero de 1949, a los dieciocho años, Leonor tomó el nombre de María del Consuelo, hizo sus votos de obediencia, pobreza y castidad, y fue enviada por la congregación de regreso a Bogotá como profesora del colegio Marymount, en donde pasó dos años. En 1953 fue enviada al Marymount de Barranquilla. Las monjas norteamericanas eran idóneas para preparar a las niñas que serían esposas de los futuros dirigentes del país. Les enseñarían inglés, historia y geografía de los Estados Unidos, religión, costura, cocina, literatura y todo lo que una señora de la alta sociedad debe saber para manejarse correctamente como esposa de un marido de la elite.

Leonor se encantó de la gente de la Costa. Allí paso años agradables y con mucho trabajo pues se hizo cargo del colegio. Junto con los padres de familia se lanzó a la empresa de construir un edificio nuevo con capilla para el colegio. Allí estuvo desde los veintidós hasta que cumplió los veintinueve años. Se preocupó por el bienestar de las estudiantes y por levantar los niveles académicos. Fue muy querida entre las niñas y sus familias que admiraban su paciencia y ecuanimidad.

Llegó la década del 60 con el triunfo de la revolución cubana, noticia que llenó de espanto a las monjas de Marymount. En ese contexto la madre María del Consuelo recibió el nombramiento de madre superiora del colegio Marymount de Medellín.

En Medellín el trabajo fue incesante y duro. Como superiora tenía que preocuparse por todo el colegio, por las niñas, por las maestras, por los trabajadores, los vehículos, el edificio y los jardines. Creó el Consejo Estudiantil para el avance de la visión y acción de las alumnas. Fue impactada por las conferencias del padre Lombardi sobre la justicia social y la cruzada

por un mundo mejor. Comenzó a cambiar los cimientos ideológicos de su formación religiosa.

Al cumplirse tres años como superiora en Medellín fue trasladada a Nueva York en donde trabajará en el noviciado. Se encontró con otra Norteamérica, la de los hippies, la de John y Jacqueline Kennedy, la de Martin Luther King. Se dio cuenta que algo extraordinario había pasado: se había producido un gran cambio en la mentalidad de muchas monjas. Ahora los estudios de las religiosas se harían en las mejores universidades, fueran o no católicas. Eran los tiempos del Concilio Vaticano II. El Papa Juan XXIII estaba decidido a renovar la Iglesia Católica. La madre Consuelo tomó cursos en el Marymount College donde conoció a un grupo de monjas que cuestionaban y discutían todo, hasta el voto de obediencia. Convino en las nuevas búsquedas y se hizo amiga de ellas. Trabajaron y filosofaron juntas. Estaban convencidas que si viajaban a un país extranjero era para estar con los pobres, no para enseñar inglés a las niñas ricas.

Ese año en Nueva York fue esclarecedor y fructífero. Vivió la intensa lucha por los derechos civiles del pueblo negro y el asesinato de John Kennedy. Quería estar al tanto de lo que pasaba en el Concilio y quería seguirlo paso a paso. Conoció al jesuita Dan Barrigan y a su hermano Philip y al grupo de resistencia contra la guerra en Vietnam. Cuando regresa a Bogotá en 1964 tiene claro que sus estudiantes deberían saber algo de su país y que ella tenía que hacer algo al respecto. Apenas llegó se enteró que el padre Camilo Torres, hijo del pediatra Calixto Torres, quien había salvado de la muerte a una de sus hermanas cuando era niña, estaba hablando de cambio de estructuras y de revolución. Se indignó por el trato que le daba el cardenal Concha, arzobispo de Bogotá, obligándolo a renunciar a la Universidad Nacional.

Comenzando 1965 fue nombrada superiora regional del Marymount en Colombia, como tal puso todas sus energías en la organización de un colegio de bachillerato para hijas de obreros en el barrio Galán, al sur de Bogotá, con el propósito de hacer de las chicas mujeres seguras de sí mismas, que dejaran las inhibiciones y las prepararan para ser profesionales. Simultáneamente Camilo Torres dio a conocer una plataforma para un movimiento de Unidad Popular. Desde entonces, las monjas leían ávidamente todo lo que se refería a Camilo. Fue muy importante para ellas conocer lo que él planteaba y la posición contraria de la jerarquía. En febrero de 1966 quedaron tristemente impresionadas cuando se enteraron de que el ejército había matado en combate al cura guerrillero. Leonor pensó que había sido un sacrificio totalmente inútil.

Las maestras del barrio Galán se enfrentaban a una realidad que no conocían y que debían estudiar, analizar, y discutir a fondo los objetivos de su trabajo y la manera de llevarlo a cabo. Buscaron asesoría y la encontraron en el profesor Germán Zabala, recién regresado de Francia. El se identificó como marxista y ateo. Ofreció un equipo de profesores para el barrio Galán sin cobrar, algo nunca visto antes! Y se dieron a la tarea de diseñar y poner en práctica el Modelo Educativo Integrado MEI. Pronto el modelo se hizo famoso. Cuando se

realizó el Congreso Eucarístico Internacional en Bogotá (1968), periodistas del mundo llamaron la atención sobre esta experiencia donde un grupo de marxistas trabajaban con unas monjas burguesas en un barrio popular.

Lo que ocurría con las monjas y el colegio era digno de verse. Fue por eso por lo que un día apareció el sacerdote español Domingo Laín. Ese día Leonor conoció a quien le ayudaría a comprender la sociedad, la fe y la vida, cuestiones que muy pronto la llevarían a entrar a un mundo diferente. Se hicieron muy amigos. El había sido expulsado de Santo Domingo junto a los curas Manuel Pérez y José Antonio Jiménez, también sacerdotes españoles con quienes había estudiado en el Seminario de Zaragoza.

Domingo llegó a Bogotá en los últimos meses de 1967 y se fue a vivir al barrio Meissen, donde entró a trabajar como cura obrero en una ladrillera. Pronto se ganó el respeto y aprecio de los habitantes del barrio. Era definitivamente un cura diferente. Conversaba con frecuencia con Leonor sobre Camilo Torres y su lucha. Leonor lo escuchaba y aunque lo comprendía, le costaba trabajo aceptar la idea de la lucha armada.

Leonor y sus compañeras esperaron con ansiedad los mensajes del Papa Paulo VI en su visita a Colombia con motivo del Congreso Eucarístico y la inauguración de la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano CELAM que acontecería en Bogotá en el mes de agosto de 1968. La decepción fue mayúscula. Esperaban mensajes que estremecieran los cimientos de las grandes injusticias sociales del país.

Durante el Capítulo General de las religiosas realizado en Francia, Leonor tuvo la oportunidad de encontrarse con Domingo, Manuel y José Antonio en septiembre de 1969. Ellos estaban decididos a regresar a Colombia para ingresar al Ejército de Liberación Nacional ELN, siguiendo el ejemplo del padre Camilo Torres. Leonor volvió a Colombia y fue recibida por monseñor Valencia Cano para trabajar en su diócesis de Buenaventura en octubre, junto a otras dos religiosas, Claudia y Susana. Querían compartir la vida de los pobres y acercarse a esa realidad. A los pocos días consiguieron trabajo como maestras.

A dos meses de estar en Buenaventura, Leonor recibió de un sacerdote el mensaje que Fabio Vásquez, comandante del ELN, quería hablar con ella. Pasa la navidad en la guerrilla y decide vincularse. Allí se encuentra con Domingo Laín, Manuel Pérez y José Antonio Jiménez. Regresa a Buenaventura y se entrevista con monseñor Valencia quien le quita todo su apoyo, pues no creía en la lucha armada. Leonor y sus compañeras decidieron salir de allí.

Regresó a Bogotá, alquiló un pequeño apartamento, trabajó como profesora de inglés y hacía de correo del ELN. Después de dos años, su vida se vio bruscamente transformada. Vino la persecución directa, se la consideró peligrosa y tuvo por delante el exilio. Fueron años de búsqueda, de repensar, de leer, de estudiar, de escribir, de discutir y disentir. Fueron años de crisis en el ELN. Algunos salieron del país a capacitarse. A mediados de 1979 triunfa la revolución popular sandinista en Nicaragua. Eso hace que se vuelva a reivindicar

la lucha armada. Leonor quería conocer ese proceso y aprender de él. Decidió viajar a Nicaragua a donde llegó el 8 de noviembre de 1979. Trabajó en la cárcel de mujeres de Granada, en una agencia de noticias guatemalteca como periodista y diagramadora encargada de difundir la realidad de Guatemala y del desarrollo del movimiento revolucionario allí.

Leonor vivía feliz en Nicaragua. Su casa se llenaba de amistades. El ambiente fue cálido y solidario, pues todos estaban en lo mismo. Eran los tiempos en que los compañeros se entregaban con alma, corazón y vida. Paulatinamente, la alegría se fue transformando cuando los asesinados por la contra revolución fueron sumando hasta llegar a decenas de miles. Una revolución es algo muy complejo y eso se aprendía en Nicaragua: es algo duro, difícil, doloroso y largo.

Desde Nicaragua Leonor seguía todo lo que sucedía en Colombia y quiso regresar. Lo hizo en los primeros días de 1987 y se integra al trabajo de propaganda del ELN, en la publicación del periódico *Insurrección* y en el análisis político internacional. A mediados de 1988 va a México y se vincula a la nueva Comisión Internacional del ELN. Sigue con rigor la crisis de la Unión Soviética, la Europa socialista y la caída del muro de Berlín, conoce y discute el Derecho Internacional Humanitario, analiza la situación y el rol de las mujeres en las guerrillas latinoamericanas, trabaja en la edición del periódico *Tribuna Internacional*, lee y estudia los textos de Camilo Torres, es impactada por la derrota del Frente Sandinista de Liberación Nacional FSLN de Nicaragua en las elecciones de comienzos de 1990, sigue con interés la primera participación de la desmovilizada guerrilla del M-19 en las elecciones de Colombia de 1990, el surgimiento de la Corriente de Renovación Socialista al interior del ELN.

Después de 13 años fuera del país, decide regresar sin ninguna responsabilidad buscando ser una mujer común y corriente. Llega a Bogotá en febrero de 1994, recupera su documento de identificación, se dedica de tiempo completo al cuidado de su madre hasta su fallecimiento, luego se ubica en Medellín y se ocupa en la situación de las mujeres y encuentra planteamientos que le abrían otros horizontes y con los cuales se identificaba. Trabaja en una ONG de mujeres para mujeres dentro de la concepción feminista. Está convencida que el grupo humano que va a jalonar el avance de la humanidad, va a ser las mujeres: el patriarcado está ya tocando su fin y la dirección está en la mujer como dadora y conservadora de la vida. Es a lo que está dedicada desde entonces hasta el día de hoy.



Resumen elaborado por **Fernando Torres Millán**

(fernandotorresmillan@gmail.com)

del libro de Inés Claux Carriquiry

“La búsqueda. Del convento a la revolución armada:

www.kaired.org.co

Testimonio de Leonor Esguerra". Aguilar, Bogotá, 2011.